

Escribió el cabildo al emperador en alabanza de Cortés, y él suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa a ver la mucha y maravillosa tierra que había conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversión de los indios; y labradores con ganados, plantas y simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

### CAPÍTULO CXLVIII CÓMO CAZONCÍN, REY DE MICHUACAN, SE DIO A CORTÉS

Puso muy gran miedo y admiración en todos la destrucción de México, que era la mayor y más fuerte ciudad de todas aquellas partes, y más poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron a Cortés los súbditos de mexicanos, pero los enemigos también, por desechar de sí la guerra, no les aconteciese como a Cuahutimoc; y así, venían a Culuacán embajadores de grandes y diversas provincias y de muy lejos que, según cuentan, eran algunos de más de trescientas leguas de allí. El rey de Michuacan, por nombre dicho Cazón, antiguo y natural enemigo de los reyes mexicanos y muy gran señor, envió sus embajadores a Cortés, alegrándose de la victoria y dándosele por amigo. Él los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro días. Hizo escaramuzar delante de ellos a los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dioles algunas cosillas y dos españoles que fuesen a ver aquel reino y tomar lengua de la Mar del Sur, y despidiólos.

Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores a su rey, que estuvo por venir a verlos; mas estorbáronselo sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme a la persona que era. Llevole a ver los bergantines, el asiento y destrucción de México. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y ballestas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero de estas cosas y de

las barbas y trajes. Fuese de allí a cuatro días que llegó y tuvo bien qué contar al rey su hermano.

Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncín, envió a poblar a Chincicila de Michuacan a Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y cien infantes españoles, y Cazoncín holgó que poblasen, y les dio mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofreció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés.

La cabeza principal y ciudad de Michuacan llaman Chincicila, y está de México poco más de cuarenta leguas, y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de México y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; a cuya causa se llama Michuacan, que quiere decir tierra de pescado. Hay también muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van a sanar a ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodón. Son los hombres más hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo o cerca de aquel señorío; a los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen *cueitl*, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenían guerra con los de México, y nunca o por maravilla perdían batalla.

Hay en este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la más rica mina de plata que se había visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese o acabase; y así, la perdió su dueño, el rey su quinto y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Críase grana de la buena. Los españoles han puesto morales para seda; sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien, que Francisco de Terrazas cogió seiscientas fanegas de trigo, de cuatro que sembró.

CAPÍTULO CXLIX  
LA CONQUISTA DE TOCHTEPEC Y COAZACOALCO,  
QUE HIZO GONZALO DE SANDOVAL

Al tiempo que México se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron también todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de México no había dado lugar al castigo; y porque los más culpantes eran Huatuxco, Tochtepec y otros lugares de la costa, envió allá desde Culucán, por fin de octubre del año de 21, a Gonzalo de Sandoval con doscientos españoles a pie, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mexicanos. En llegando a Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tochtepec, que está de México ciento y veinte leguas, y llamole Medellín por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tochtepec fue después Sandoval a poblar en Coazacoalco, pensando que los de aquel río estaban amigos de Cortés, como lo habían prometido a Diego de Ordaz cuando fue allá en vida de Moteczuma.

No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba a visitar de parte de Cortés, y a saber si habían menester algo. Ellos le respondieron que no tenían necesidad de su gente ni amistad; que se volviese con Dios. Él les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religión cristiana, mas no la quisieron; antes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quisiera guerra; pero, como no podía otra cosa hacer, saltó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fue parte para que llegasen los nuestros al río sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas.

A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; porque no se halló antes buen asiento. Atrajo a su amistad a Quechoallan, Ciuatlan, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron a los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En este mismo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapan, porque daban guerra a los de Te-

peacac y a sus aliados. Hubo tres encuentros, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen a los nuestros poblar en su tierra.

## CAPÍTULO CL LA CONQUISTA DE TUTUTEPEC

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la Mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especia y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especiería de las Molucas a menos trabajo y peligro; y como tenía noticia de aquella mar de tiempo de Moteczuma, y entonces se le ofrecían a ello los de Mechucacán, envió allá cuatro españoles por dos caminos con buenas guías; los cuales fueron a Tecoantepec, Zacatollan y otros pueblos. Tomaron posesión de aquel mar y tierra, poniendo cruces. Dijeron a los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar a su capitán, y tornáronse a México. Cortés trató muy bien aquellos indios; dioles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofrecimientos para su rey, con que se fueron alegres.

Envió luego el señor de Tecoantepec un presente de oro, algodón, pluma y armas, ofreciendo su persona y estado al emperador; y no mucho después pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que les hacían guerra por haberse dado a cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió a Pedro de Alvarado, el año de 22, y no 23, con doscientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Alvarado fue por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar a Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibióle bien el señor de aquella provincia, y quiso aposentarle dentro de Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de paja, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Alvarado, que lo sospechó o le avisaron, no quiso quedar allí, diciendo que no era bueno para sus caballos, y aposentose en lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y a un su hijo; los cuales se rescataron en veinticinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Alvarado en Tututepec; llamola Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no te-

nían enemigos, y encomendoles las provincias de Coaztlauac, Tachquianco y otras, con cédulas de Cortés.

Vino Alvarado a negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá a Diego de Ocampo, su alcalde mayor, no pesquisidor, que condenó a uno a muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelación. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos pueblos de la comarca. Tornó allá Pedro de Alvarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como antes estaban, pero no se pobló más Segura.

## CAPÍTULO CLI LA GUERRA DE COLIMAN

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la Mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros a labrar en Zacatullan, o Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entonces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especies y piedras, e ir a las Molucas; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, maromas y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenía en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fue un gasto y camino muy grande. Mandó Cortés ir después allá a Cristóbal de Olid a ver los navíos, y costear aquella tierra en siendo acabados.

Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullan desde Chincicila, con más de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Coliman andaban en armas, y que eran ricos. Fue a ellos, peleó muchos días; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Coliman tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego a Gonzalo de Sandoval con veinticinco de caballo y sesenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese a vengar esto, y a castigar los de Impilcinco, que hacían guerra a sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fue a Impilcinco, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fue de allí a Zacatullan, miró los navíos, tomó más españoles, pasó a

Coliman, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron a él los de Coliman al mismo paso que desbarataran a Olid, pensando desbaratarlo también a él. Pelearon reciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningún muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos.

Hago siempre mención de los caballos muertos o heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras, que por ellos se alcanzaba victoria las más veces, y porque valían muchos dineros.

Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del emperador, y hicieron darse a Colimantlec, Ciuatlan y otros pueblos. Poblaron en Coliman veinticinco de caballo y ciento veinte peones, a los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que a diez soles de allí había una isla de amazonas, tierra rica; mas nunca se han hallado tales mujeres; creo nació aquel error del nombre de Ciuatlan, que quiere decir lugar de mujeres.

## CAPÍTULO CLII DE CRISTÓBAL DE TAPIA, QUE FUE POR GOBERNADOR A MÉXICO

Poco después que México se ganó, fue Cristóbal de Tapia, veedor de Santo Domingo, por gobernador de la Nueva-España. Entró en la Veracruz, presentó las provisiones que llevaba, pensando hallar valedores por amor del obispo de Burgos, que lo enviaba, y amigos de Diego Velázquez que le favoreciesen. Respondiéronle que las obedecían; mas, cuanto al cumplimiento, que vendrían los vecinos y regidores de aquella villa, que andaban en la reedificación de México y conquistas de la tierra, y harían lo que más conviniese al servicio del emperador y rey, su señor. Él tuvo enojo y desconfianza de aquella respuesta; escribió a Cortés y partiose de allí a poco para México.

Cortés le respondió que holgaba de su venida, por la buena conversación y amistad que habían tenido en tiempos pasados, y que enviaba a fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles estaban, como persona que se había ha-

llado en el cerco de México, y le acompañase. Informó al fraile de lo que había de hacer, y dio orden cómo Tapia fuese bien proveído por el camino; mas, porque no llegase a México, determinó salirse al camino, dejando el de Pánuco, que tenía a punto. Los capitanes y procuradores de todas las villas que allí estaban, no le dejaron ir; por lo cual envió poderes a Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y a fray Pedro Melgarejo, que ya estaban en la Veracruz, para negociar con Tapia; y todos ellos juntos le hicieron volver a Cempoallan, y allí, presentando sus provisiones otra vez, suplicaron de ellas para el emperador, diciendo que así cumplía a su real servicio, al bien de los conquistadores y paz de la tierra, y aun le dijeron que las provisiones eran favorables y falsas, y él incapaz e indigno de tan grande gobernación.

Viendo pues Cristóbal de Tapia tanta contradicción y otras amenazas, se volvió por donde fue, con grande afrenta, no sé si con moneda; y aun en Santo Domingo le quisieron quitar el oficio la audiencia y gobernador, porque fuera a revolver la Nueva-España, habiéndole mandado que no fuese so graves penas. También fue luego Juan Bono de Quexo, que había ido con Narváez por maestro de nave, con despachos del obispo de Burgos para Cristóbal de Tapia. Llevaba cien cartas de un tenor, y otras en blanco, firmadas del mismo obispo y llenas de ofrecimientos para los que recibiesen por gobernador a Tapia, diciendo cómo el emperador era deservido de Cortés; y una para el mismo Cortés con muchas mercedes si dejaba la tierra a Cristóbal de Tapia, y si no, que le sería contrario.

Muchos se alteraron con estas cartas, que eran ricas; y si Tapia no fuera ido, hubiera novedades; y algunos dijeron que no era mucho haber comunidad en México, pues la había en Toledo; mas Cortés lo atajó sabia y cuerdamente con amor. Los indios asimismo se trocaron con esto, y se rebelaron los cuixtecas y los de Coazacoalco y Tabasco y otros, que les costó caro.

## CAPÍTULO CLIII LA GUERRA DE PÁNUCO

Antes que Moteczuma muriese, y luego que México fue destruido, se había ofrecido el señor de Pánuco al servicio del emperador y amistad de cris-

tianos; por lo cual quería ir Cortés a poblar en aquel río cuando llegó Cristóbal de Tapia, y aun porque le decían ser bueno, para navíos, y tener oro y plata. Movíale también deseo de vengar los españoles de Francisco de Garay que allí mataran, y anticiparse a poblar y conquistar aquel río y costa primero que llegase el mismo Garay, porque era fama cómo procuraba la gobernación de Pánuco, y que armaba para ir allá. Así que, habiendo escrito mucho antes a Castilla por la jurisdicción de Pánuco, y pidiéndole ahora gente algunos de allí para contra sus enemigos, disculpándose de las muertes de ciertos soldados de Garay y de otros que yendo a la Veracruz dieron allí al través, fue con trescientos españoles de pie y ciento cincuenta de caballo y cuarenta mil mexicanos.

Peleó con los enemigos de Ayotuxtallan; y como era campo raso y llano, donde se aprovechó muy bien de los caballos, concluyó presto la batalla y la victoria, haciendo gran matanza en ellos. Murieron muchos mexicanos y quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballos. Estuvo allí Cortés cuatro días por los heridos; en los cuales vinieron a darle obediencia y dones muchos lugares de aquella liga. Fue a Chila, cinco leguas de la mar, donde fue desbaratado Francisco Garay. Envió desde allí mensajeros por toda la comarca allende el río, rogándoles con la paz y predicación. Ellos, o por ser muchos y estar fuertes en sus lagunas, o pensando matar y comer los de Cortés, como habían hecho a los de Garay, no curaron de tales ruegos ni requerimientos ni amistades; antes mataron algunos mensajeros, amenazando a quien los enviaba.

Cortés esperó quince días, por atraerlos por bien. Después dioles guerra; pero, como no les podía dañar por tierra, que se estaban en sus lagunas, mudó la guerra, buscó barcas, y en ellas pasó de noche, por no ser sentido, a la otra parte del río con cien peones y cuarenta de caballo. Fue luego visto con el día, cargaron sobre él tantos y tan recio, que nunca los españoles vieron en aquellas partes acometer en campo tan denodadamente a indios algunos. Mataron dos caballos e hirieron diez muy mal; pero con todo eso, fueron desbaratados y seguidos una legua, y muertos en gran cantidad.

Los nuestros durmieron aquella noche en un lugar sin gente; en cuyos templos hallaron colgados los vestidos y armas de los españoles de Garay, y las caras con sus barbas, desolladas, curtidas y pegadas por las paredes. Al-



gunas conocieron y lloraron, que ciertamente ponía gran lástima; y bien parecía ser los de Pánuco tan bravos y crueles como los mexicanos decían; que como tenían guerra ordinaria con ellos, habían probado semejantes crueldades. Fue Cortés de allí a un hermoso lugar donde muchos estaban con armas, como en celada, para tomarle a manos en las casas. Los de caballo que iban delante los descubrieron. Ellos, como fueron vistos, salieron, y pelearon tan fuertemente, que mataron un caballo e hirieron otros veinte, y muchos españoles. Tuvieron gran tesón, por el cual duró buen rato la pelea. Fueron vencidos tres o cuatro veces, y tantas se rehicieron con gentil concierto. Hacíanse muelas, hincaban las rodillas en el suelo, tiraban sus varas, flechas y piedras sin hablar palabra; cosa que pocos indios acostumbraban; y ya que todos estaban cansados, echáronse a un río que por allí pasa, y poco a poco lo pasaron; de lo cual no pesó a Cortés. Repararon a la orilla, y estuvieron allí con grande ánimo hasta que cerró la noche.

Los nuestros se tornaron al lugar, cenaron el caballo muerto, y durmieron con buena guarda. Otro día siguiente fueron corriendo el campo a cuatro pueblos despoblados, donde hallaron muchas tinajas del vino que usan, puestas en bodegas por gentil orden. Durmieron en unos maizales por causa de los caballos. Anduvieron otros dos días; y como no hallaban gente, volvieron a Chila, do estaba el real.

No venía hombre a ver los españoles de cuantos estaban allende el río, ni les hacían guerra. Tenía Cortés pena de lo uno y de lo otro, y por traerlos a una de las dos cosas, echó de la otra parte del río los caballos y españoles y amigos, que salteasen un gran pueblo, orilla de una laguna. Acometiéronlo de noche por agua y tierra e hicieron gran estrago. Espantáronse los indios de ver que de noche y en agua los acometían, y comenzaron luego a rendirse, y en veinticinco días se dieron todos los de aquella comarca y vecinos del río.

Fundó Cortés a Santisteban del Puerto, junto a Chila. Puso en él cien infantes y treinta de caballo. Repartióles aquellas provincias. Nombró alcaldes, regidores y los otros oficiales de concejo, y dejó por su teniente a Pedro de Vallejo. Asoló a Pánuco y Chila y otros grandes lugares, por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con los de Garay; y dio la vuelta para México, que se edificaba. Costoles setenta mil pesos esta ida, porque no hubo despojo. Vendíanse las herraduras a peso de oro o por doblada plata.

Dio al través un navío entonces, que venía con bastimento y munición para el ejército desde la Veracruz, que no se salvó sino tres españoles en una islica, cinco leguas de tierra; los cuales se mantuvieron muchos días con lobos marinos, que salían a dormir en tierra, y con unos como higos.

Rebelose a esta sazón Tututepec del norte con otros muchos pueblos que están a raya de Pánuco; cuyos señores quemaron y destruyeron más de veinte lugares amigos de cristianos. Fue a ellos Cortés, y conquistolos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda doscientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

#### CAPÍTULO CLIV CÓMO FUE FRANCISCO DE GARAY A PÁNUCO CON GRANDE ARMADA

Francisco de Garay fue a Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbarataron y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cuerpos en sus templos por memoria o voto, según ya está dicho. Tornó allá con más gente al otro año siguiente, a lo que algunos dicen, y también lo echaron por fuerza de aquel río. Él entonces, por la reputación, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió a Castilla a Juan López de Torralba con información del gasto y descubrimiento que había hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernación de Pánuco.

Armó en virtud de ello, el año 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamaica, donde forneció la flota; muchos tiros, doscientas escopetas y trescientas ballestas; y como era rico, basteció la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en aire que llamó Garay; nombró dos alcaldes, a Alonso de Mendoza y Fernando de Figueroa;

por regidores a Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagrán. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomoles juramento, y también a los capitanes del ejército, que no lo dejarían ni serían contra él. Y con tanto, se partió de Jamaica por San Juan. Fue a Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenía poblado a Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como a Pánfilo de Narváez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió a Diego Velázquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fuese a México a entender por él con Cortés.

Zuazo holgó de ello, vino a Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno a su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar a la Nueva-España. Garay tuvo también recio temporal, y llegó al río de Palmas día de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo otra cosa hacer. Envió el río arriba a Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantín, a mirar la disposición, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vio cómo entraban muchos ríos en aquel, y volvió al cuarto día, diciendo que la tierra era ruin y desierta. Fue creído, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto a tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa a costa con Juan de Grijalva, y él caminó ribera del mar a Pánuco, en orden de guerra. Anduvo tres días por despoblado y por unas malas ciénagas; pasó un río que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, a nado y en balsas; entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maíz y de guayabos; rodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que prendiera, y sabían castellano, a un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí hospedaron y bastecieron a Garay de pan, fruta y aves, que toman en las lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba saquear. Pasaron otro río crecido, donde se ahogaron ocho caballos. Metiéronse luego por unos lagunajos, que no cuidaron salir; y si hubiera por allí gente de guerra, no escapara hombre de ellos. Aportaron, en fin, a buena tierra, después de haber sufrido mucha hambre y trabajo, muchos mosquitos, chinches y murciélagos, que se los comían vivos; y llegaron a Pánuco, que tanto deseaban. Mas no hallaron qué comer, a causa de las

guerras pasadas que tuvo allí Cortés, o como ellos pensaban, por haber alzado las vituallas los contrarios, que estaban de la otra parte del río.

Por lo cual, y como no parecían los navíos que traían los bastimentos, se derramaron los soldados a buscar de comer y ropa; y Garay envió a Gonzalo de Ocampo a saber qué voluntad le tenían los de Cortés que estaban en Santisteban del Puerto. El cual volvió diciendo que buena, y que podía ir allá; mas empero él se acercó a los contrarios más de lo que debiera; y decía a los indios, porque le favoreciesen, cómo venía a castigar aquellos soldados de Cortés que les habían hecho enojo y daño. Salieron los de Santisteban a escondidas, que sabían la tierra, y dieron en los de caballo de Garay, que estaban en Nachapalán, pueblo muy grande, y prendieron al capitán Alvarado con otros cuarenta, por usurpadores de la tierra y ropa ajena. De lo cual recibió Garay mucho daño y enojo; y como se le perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieron a la boca de Pánuco, comenzó a temer la fortuna de Cortés. Envió a decir a Pedro de Vallejo, teniente de Cortés, que venía a poblar con poderes y licencia del emperador, que le volviese sus hombres y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para crearlo, y requirió a los maestros de las naos que entrasen al puerto; no recibiesen el daño que las otras veces pasadas, viniendo tormenta; y si no lo hacían, que los tendría por corsarios. Mas él y ellos replicaron que no lo querían hacer por decirlo él, y que harían lo que les conviniese.

## CAPÍTULO CLV LA MUERTE DEL ADELANTADO FRANCISCO DE GARAY

Pedro de Vallejo avisó a Cortés de la ida y armada de Garay en viéndola, y luego de lo que con él había pasado, para que proveyese con tiempo de más compañeros, municiones y consejo. Cortés, como lo supo, dejó las armadas que hacía para Higuera, Chiapa y Quahutemallan, y aderezose para ir a Pánuco, aunque malo de un brazo. Y ya que partir quería, llegaron a México Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz, con cartas del emperador y con las provisiones de la gobernación de la Nueva-España y todo lo que hubiese conquistado, y nombradamente a Pánuco. Por las cuales no fue; mas envió

a Diego de Ocampo, su alcalde mayor, con aquella provisión, y a Pedro de Alvarado con mucha gente.

Anduvieron en demandas y respuestas Garay y Ovando: uno decía que la tierra era suya, pues el rey se la daba; otro que no, pues el rey mandaba que no entrase en ella teniéndola poblada Cortés, y tal era la costumbre en Indias; de suerte que la gente de Garay padecía entre tanto, y deseaba la riqueza y abundancia de los contrarios, y aun perecía a manos de indios, y los navíos se comían de broma y estaban a peligro de fortuna; por lo cual, o por negociación, Martín de San Juan, guipuzcoano, y un Castromocho, maestros de naos, llamaron a Pedro de Vallejo secretamente, y le dieron las suyas; él, como las tuvo, requirió a Grijalva que surgiese dentro el puerto, según usanza de marineros, o se fuese de allí; Grijalva respondió con tiros de artillería; mas como tornó Vicente López, escribano, a requerirle otra vez, y vio que las otras naves se entraban por el río, surgió en el puerto con la capitana; prendiolo Vallejo, mas luego lo soltó Ovando, y se apoderó de los navíos; que fue desarmar y deshacer a Garay; el cual pidió sus navíos y gente, mostrando su provisión real, y requiriendo con ella, y diciendo que se quería ir a poblar en el río de Palmas, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo, que le dijo mal del río de Palmas, y de los capitanes del ejército y oficiales de concejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando, como él quería, por no trabar más pasión con Cortés, que estaba próspero y bienquisto. Diego de Ocampo, Pedro de Vallejo y Pedro de Alvarado le persuadieron que escribiese a Cortés en concierto, o se fuese a poblar en el río de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Pánuco, que ellos le volverían los navíos y hombres, y le bastecerían de vituallas y armas.

Garay escribió y aceptó aquel partido; y así, se pregonó luego que todos se embarcasen en los navíos que fueron, so pena de azotes al peón y a todos los otros de las armas y caballo, y que los que habían comprado armas, se las volviesen. Los soldados, como esto vieron, comenzaron a murmurar y a rehusar, unos se metieron la tierra adentro, que los mataron indios, otros se escondieron, y así se disminuyó mucho aquel ejército; los otros echaron por achaque que los navíos estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados a seguirle más de hasta llegar a Pánuco, ni querían ir a morir de hambre, como habían hecho algunos de la compañía. Garay les rogaba

no le desamparasen, prometíales grandes cosas, acusábales el juramento. Ellos hacerse sordos; anochecían y no amanecían, y tal noche hubo que se le fueron cincuenta. Garay, desesperado con esto, envió a Pedro Cano y a Juan Ochoa con cartas a Cortés, en que le recomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fue a México. Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y le hospedó muy bien. Capitularon después de haber dado y tomado muchas quejas y disculpas, que casase el hijo mayor de Garay con doña Catalina Pizarro, hija de Cortés, niña y bastarda; que Garay poblase en las Palmas, y Cortés le proveyese y ayudase; y reconciliáronse en grande amistad. Fueron ambos a maitines noche de Navidad del año de 1523; almorzaron tras la misa con mucho regocijo. Garay sintió luego dolor de costado con el aire que le dio saliendo de la iglesia; hizo testamento, dejó por albacea a Cortés, y murió quince días después; otros dicen que cuatro. No faltó quien dijese que le habían ayudado a morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fue falso, porque murió de mal de costado y así lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pedro López, médicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, a par de sus hijos y mujer.

## CAPÍTULO CLVI LA PACIFICACIÓN DE PÁNUCO

Como Francisco de Garay se fue a México, hizo Diego de Ovando salir de Santisteban con público pregón los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviesen la tierra y la gente, que muchos de ellos eran grandes amigos de Diego Velázquez, como decir Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Ávila, Antonio de la Cerda, Taborda y otros muchos; por lo cual, y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste a desmandarse sin rienda ninguna; ibanse a los lugares, tomaban la ropa y mujeres que podían; en fin, andaban sin orden ni concierto.

Enojados los indios de ello, se concertaron de matarlos, y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles; en solo Tamiquitl de-

gollaron los ciento; de lo cual tanto enojo tomó Garay, que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía, que combatieron a Santisteban, y la pusieron en punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron, después de haber peleado muchas veces. En Tucucuto quemaron una noche cuarenta españoles y quince caballos de Fernando Cortés; el cual, como lo supo, envió luego allá a Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de caballo, cien infantes españoles, y dos señores mexicanos con cada quince mil indios e indias. Nombró indias, porque siempre que Cortés o sus capitanes iban a la guerra, llevaban en el ejército muchas mujeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querían ir sin sus mujeres o amigas.

Caminó Sandoval a grandes jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Pánuco; rompiolos, y entró en Santisteban, do ya no había más de veintidós caballos y cien españoles, y si un poco tardara no los hallara vivos, tanto por no tener qué comer como por ser muy combatidos. Hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas; prendieron sesenta señores de vasallos y cuatrocientos hombres ricos y principales, sin otra mucha gente baja. Hízose proceso contra todos ellos, por el cual, y por sus propias confesiones, los condenó a muerte de fuego. Consultolo con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los cuatrocientos cautivos y los sesenta señores; llamó a sus hijos y herederos que lo viesen para que escarmentasen, y luego dioles los señoríos en nombre del emperador, con palabra que dieron de siempre ser amigos de cristianos y españoles, aunque ellos poco la guardan, tanto son de mudables y bulliciosos; pero en fin, se allanó Pánuco.

## CAPÍTULO CLVII LOS TRABAJOS DEL LICENCIADO ALONSO ZUAZO

Partiendo el licenciado Zuazo del cabo de San Antón, en Cuba, para la Nueva-España, le dio temporal que desatinó al piloto de la carabela, y se perdió en las Víboras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos

marinos, y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peces como adargas, y que se llevaba una seis hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños; pero comíanlo todo crudo a falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos días, que se mantuvo de aves crudas, y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo presto pereciera, mas sacó lumbre por palos, según indios sacan, que le aprovechó mucho. En otra isleta sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña cubierta de piedra, cosa nueva; hizo una barquilla de la madera de la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura a Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas, Gonzalo Gómez, que prometieran castidad perpetua en la tormenta, y un indio que agotase la barquilla; los cuales fueron a dar cerca de Quiahuistlán, y luego a la Veracruz, y después a Medellín, donde aparejó Diego de Ocampo un navío y se los dio, para ir por Zuazo, y lo mismo mandó Cortés en sabiéndolo, y que si allí viniese Zuazo le proveyesen muy bien; y tras esto envió un criado a esperarle en Medellín; que cuando llegó Zuazo le dio diez mil castellanos, vestidos y cabalgaduras, con que se fuese a México; y fue bien recibido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.

## CAPÍTULO CLVIII LA CONQUISTA DE UTLATLAN QUE HIZO PEDRO DE ALVARADO

Habíanse dado por amigos, tras la destrucción de México, los de Quahuemallan, Utlatlan, Chiapa, Xochnuxco y otros pueblos a la costa del sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra a otros porque perseveraban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos a Pedro de Alvarado; dióle trescientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros y ciertos señores de México con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino largo. Partió pues Alvarado de México a 6 días del mes de diciembre, año de 1523. Fue por Tecoantepec a Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habían rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándolos por es-



clavos, después de haberlos muy bien requerido y aconsejado; peleó muchos días con los de Zapatullan, que es muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes. De Zapatullan fue a Quezaltenanco en tres días; el primero pasó dos ríos con mucho trabajo; el segundo un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas; en un reventón del cual halló una mujer y un perro sacrificados, que según los intérpretes y guías dijeron, era desafío. Peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y más adelante en llano con treinta mil, y a todos los desbarató. No paraba hombre con hombre en viendo cabe sí algún caballo, animal que jamás habían visto. Tornaron luego a pelear con él junto a unas fuentes, y tornolos a romper. Rehiciéronse a la falda de una sierra, y revolvieron sobre los españoles con gran grita, ánimo y osadía, que muchos de ellos hubo que esperaban a uno y aun a dos caballos, y otros que por herir al caballero se asían a la cola del caballo; mas en fin, hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huyeron lindamente. Alvarado los siguió gran rato, y mató muchos en el alcance. Murió un señor, de cuatro que son en Utlatlan, que venía por capitán general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos, y muchos caballos.

Otro día entró en Quezaltenanco, y no halló persona dentro; refrescose allí, y corrió la tierra; al sexto vino un gran ejército de quezaltenancos, muy en concierto, a pelear con los españoles. Alvarado salió a ellos con noventa de caballo y con doscientos de pie, y un buen escuadrón de amigos; púsose en un llano muy grande a tiro de arcabuz del real, por si fuese menester socorro. Ordenó cada capitán su gente, según la disposición del lugar, y luego arremetieron entrambas haces, y la nuestra venció a la otra. Los de caballo siguieron el alcance más de dos leguas, y los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo. Los señores y capitanes y otras muchas personas señaladas se recogieron a un cerro peleando, y allí fueron presos y muertos.

De que los señores de Utlatlan y Quezaltenanco vieron la destrucción, convocaron sus vecinos y amigos, y dieron parías a sus enemigos porque les ayudasen, y así tornaron a juntar otro muy grueso campo; enviaron a decir a Pedro de Alvarado que querían ser sus amigos y dar de nuevo obe-

diencia al emperador, y que se fuese a Utlatlan. Todo era cautela para tomar dentro los españoles, y quemarlos una noche porque la ciudad es fuerte a demasía, las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas; la una con treinta escalones de subida, y la otra con una calzada, que ya tenían cortada por muchas partes, para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Alvarado creyó, y fue allá; mas como vio deshecha la calzada y la gran fortaleza del lugar, y no mujeres, sospechó la ruindad, y saliose fuera; pero no tan presto que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores, y fue, como dicen, a un traidor dos alevosos, que por buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió; pero no por eso cesaba la guerra, antes andaba más recia, porque tenían a los españoles como cercados, que no podían ir por yerba ni leña sin escaramuzar, y mataban cada día indios y aun españoles.

Los nuestros no podían correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que alrededor de su fuerte había; así que Alvarado, pareciéndole más corta vía para ganar la tierra, quemó los señores que tenía presos, y publicó que quemaría la ciudad; y para esto y para saber qué voluntad le tenían los de Quahutemallan, les envió a pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres, con los cuales, y con los demás que él se tenía, dio tal priesa a los enemigos que los lanzó de su propia tierra. Vinieron luego los principales de la ciudad y común a pedir perdón y a darse; echaron la culpa de la guerra a los señores quemados; la cual ellos habían también confesado antes que los quemasen. Alvarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad; soltó dos hijos de los señores muertos, que tenían presos, y dioles el estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra, y se pobló Utlatlan como primero estaba. Otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y de ellos se dio el quinto al rey, y lo cobró el tesorero de aquel viaje, Baltasar de Mendoza.

Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos; hay sierras de alumbre y de un licor que parece aceite, y de azufre tan excelente, que sin refinar ni otra mezcla hicieron nuestros arcabuceros muy buena pólvora. Esta guerra de Utlatlan se acabó a principio de abril del año de 1524. Vendiose en ella la docena de herraduras en ciento y cincuenta castellanos.

## CAPÍTULO CLIX LA CONQUISTA DE QUAHUTEMALLAN

De Utlatlan fue Alvarado a Quahutemallan, donde fue recibido muy bien y hospedado. Estaba siete leguas de allí una ciudad muy grande, y orilla de una laguna, que hacía guerra a Quahutemallan y Utlatlan y a otros pueblos. Alvarado envió allá dos hombres de Quahutemallan a rogarles que no hiciesen mal a sus vecinos, que los tenía por amigos, y a requerirles con su amistad y paz. Ellos, confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenían, mataron los mensajeros sin temor ni vergüenza. Él entonces fue allá con ciento cincuenta españoles y otros sesenta de caballo y muchos indios de Quahutemallan, y ni le quisieron recibir ni aun hablar. Caminó cuanto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna hacia un peñol, poblado dentro en agua. Vio luego un escuadrón de hombres armados; acometiolo, rompiolo y siguiolo por una estrecha calzada, donde no se podía ir a caballo. Apeáronse todos, y a vueltas de los contrarios entraron en el peñol; llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron y mataron mucha gente. Los otros se echaron al agua, y a nado pasaron a una isleta. Saquearon las casas y saliéronse a un llano lleno de maizales, donde asentaron real y durmieron aquella noche.

Otro día entraron en la ciudad, que estaba sin gente. Maravilláronse cómo la habían desamparado siendo tan fuerte, y fue la causa de perder el peñol, que era su fortaleza, y ver que do quiera entraban los españoles. Corrió Alvarado la tierra, prendió ciertos hombres de ella, y envió tres de ellos a los señores a rogarles que viniesen de paz, y serían bien tratados; donde no, que los perseguiría y les talaría sus huertas y labranzas. Respondieron que jamás su tierra había sido hasta entonces sujeta de nadie por fuerza de armas; pero que pues él lo había hecho tan de valiente, ellos querían ser sus amigos; y así, vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de españoles.

Alvarado se tornó a Quahutemallan, y de allí a tres días vinieron a él todos los pueblos de aquella laguna con presentes y a ofrecerle sus personas y haciendas, diciendo que por amor suyo, y por quitarse de guerra y enojos con sus vecinos, querían paz con todos. Vinieron asimismo otros muchos

pueblos de la costa del sur a darse, porque les favoreciese; y dijéronle cómo los de la provincia de Izcuintepec no dejaban pasar a nadie por su tierra, que fuese amigo de cristianos. Alvarado fue a ellos con toda su gente; durmió tres noches en despoblado, y luego entró en el término de aquella ciudad; y como ninguno tiene contratación con ella, no había camino abierto mayor que senda de ganados, y aquél todo cerrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomolos en las casas, que por la gran agua que caía no andaba ninguno por las calles; mató y prendió algunos; los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron salteados así. Huyeron los más; los otros, que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas, mataron muchos de nuestros indios e hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haría otro tanto a los panes, y aun a ellos, si no daban obediencia. El señor y todos vinieron luego y diéronsele. En esto se detuvo allí ocho días, y acudieron a él todos los pueblos de la redonda, ofreciéndole su amistad y servicio.

De Izcuintepec fue Alvarado a Cactipar, que es de lengua diferente, y de allí a Tazixco, y luego a Necendelan. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados; tomaron mucho fardaje y todo el herraje y filado para las ballestas; que no fue chica pérdida. Envió tras ellos a Jorge de Alvarado, su hermano, con cuarenta de caballo; mas no lo pudo cobrar, por más que corrió. Todos estos de Necendelan traían sendas campanillas en las manos peleando. Estuvo en aquel pueblo más de ocho días, que no pudo atraer los moradores a su amistad, y fuese a Pazuco, que le rogaban, pero con traición, para matarle seguro. Topó en el camino muchas flechas hincadas por el suelo, y a la entrada del lugar ciertos hombres que hacían cuartos un perro; y lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad. Vio luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo; siguióla, mató mucha. Fue a Mopicalanco, y de allí a Acayucatl, donde bate la Mar del Sur; y antes de entrar dentro, halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida, le atendían para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca de ellos; y aunque llevaba doscientos y cincuenta españoles a pie y ciento de caballo, y seis mil indios, no se atrevió a romper en ellos, porque los vio fuertes y bien ordenados. Mas ellos, en pasando él, arremetieron hasta trabar de los estribos y colas de los caballos. Revolvieron los de caballo, y luego todo

el cuerpo de ejército, y casi no dejaron ninguno de ellos vivo, así porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, porque cayendo no se podían levantar, y huir con ellas era por demás. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta en pies, de algodón torcido, duro, y tres dedos gordo. Parecían bien con los sacos, como eran blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas. Traían grandes flechas, y lanzas de treinta palmos.

Este día quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Alvarado cojo, que de un flechazo que le dieron en la pierna le quedó más corta que la otra cuatro dedos. Peleó después con otro ejército mayor y peor, porque traían larguísimas lanzas y enherboladas; mas también lo venció y destruyó. Fue a Mahuatlan, y de allí a Athlechuan, donde vinieron a dársele de Cuitlanchan; pero con mentiras, por descuidarle, que su intención era matar los españoles; porque, como eran tan pocos, pensaban todos poderlos fácilmente sacrificar. Alvarado supo su mal propósito, y rogóles con la paz. Ellos se ausentaron de la ciudad, y estuvieron muy rebeldes haciéndole guerra; en la cual le mataron once caballos, que se pagaron con los cautivos que se vendieron por esclavos. Estuvo allí cerca de veinte días sin los poder atraer, y tornose a Quahutemallan.

Anduvo Pedro de Alvarado de este viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno; pero pacificó y redujo a su amistad muchas provincias. Padeció mucha hambre, pasó grandes trabajos, y ríos tan calientes, que no se dejaban vadear. Parecióle tan bien a Pedro de Alvarado la disposición de aquella tierra de Quahutemallan y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, según la orden e instrucción que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamóla Santiago de Quahutemallan. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos oficios necesarios a la buena gobernación de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, do ahora está la silla del obispado de Quahutemallan. Encomendó muchos pueblos a los vecinos y conquistadores, y dio cuenta a Cortés de todo su viaje y pensamiento; y él le envió otros doscientos españoles y confirmó los repartimientos, y le ayudó a pedir aquella gobernación.

## CAPÍTULO CLX LA GUERRA DE CHAMOLLA

A 8 de diciembre del año de 23 envió Fernando Cortés a Diego de Godoy con treinta de caballo y cien españoles a pie, dos tiros y mucha gente de amigos, a la villa del Espíritu Santo, contra ciertas provincias de allí cerca que estaban rebeladas. No le dio más gente por estar aquella tierra entre Chiapa y Quahutemallan, donde iba Pedro de Alvarado, y entre Higueras, a do luego había de partir Cristóbal de Olid.

Diego de Godoy fue e hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrías. Llegó a Chamolla, que es un buen pueblo, cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro, donde los caballos no podían, y tiene una cerca de tres estados en alto, la media de tierra y piedra y la media de tablones. Combatiola dos días arreo a muy gran peligro y trabajo de sus compañeros; tomola en fin, porque los vecinos alzaron su ropa y huyeron, viendo que no podían resistir. Al principio que fueron combatidos echaron un pedazo de oro por encima el adarve a los españoles, burlando de su codicia y locura; y dijeron que entrasen por de aquello, que tenían mucho. Para irse arrimaron muchas lanzas a la cerca, porque los de fuera pensasen que no se iban; pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros; los cuales entraron, mataron y prendieron muchos de ellos, especial mujeres y muchachos. No fue grande el despojo, pero fue mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas, y unos paveses rodados de algodón hilado, con que se cubrían todo el cuerpo, y que para caminar arrollan y para pelear extienden.

Chiapa, Huehueiztlan y otras provincias y ciudades se visitaron y hollaron en esta jornada de Godoy; pero no hubo cosas notables.

CAPÍTULO CLXI  
LA ARMADA QUE CORTÉS ENVIÓ A HIGUERAS  
CON CRISTÓBAL DE OLID

Cortés deseaba poblar a Higueras y Honduras, que tenían fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran lejos de México; mas como tenía de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá antes que Francisco de Garay llegase a Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel río y tierra que tenía poblada. Como se vio libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del emperador, dadas en Valladolid a 6 de junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decían, armó de propósito. Dio siete mil castellanos de oro a Alonso de Contreras para que fuese a comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego a Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantín, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos.

Mandole ir a la Habana a tomar los hombres, caballos y vituallas que Contreras tuviese, y que poblase en el cabo de Higueras y enviase a Diego Hurtado de Mendoza, su primo, a costear desde allí al Darién, para descubrir el estrecho que todos decían, como el emperador mandaba. Dióle, sin esto, instrucción de lo que más hacer debía; y con tanto, se partió Cristóbal de Olid de Chalchicoeca a 11 de enero, año de 24, según unos; y Cortés envió dos navíos a buscar estrecho de Pánuco a la Florida, y mandó que también fuesen los bergantines de Zacatullan hasta Panamá, buscando muy bien el estrecho por aquella costa; mas habíanse quemado cuando el mandado llegó y así cesó aquella demanda.

CAPÍTULO CLXII  
LA CONQUISTA DE ZAPOTECAS

Los zapotecas y mixtecas, que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron a Cortés como fue México destruido, y atraieron otros muchos pueblos contra los españoles, de que se les siguieron muertes y daños. Cortés envió allá a Rodrigo Rangel, el cual, por no llevar caballos, y por las aguas o por ser aquellas gentes valientes, no las pudo

domar; antes perdió en la jornada algunos españoles, y les dejó mayor ánimo que antes tenían, por el cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujetos de Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigo. Cortés tornó a enviar contra ellos al mismo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallan y México. Fue pues Rodrigo Rangel a 5 de febrero, año de 24, y llevó cuatro tirillos. Hízoles muchos requerimientos, y, como no escuchaban, mucha guerra, en que mató y cautivó gran número de ellos, y los herró y vendió por esclavos. Hallóles mucha ropa y oro, que trajo a México; dejolos tan castigados y llanos que nunca más se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por capitanes; empero éstas que contado habemos fueron las principales, y que sujetaron todo el imperio mexicano, y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman Nueva-España, Guatemala, Pánuco, Xalisco y Honduras, que son gobernaciones por sí.

### CAPÍTULO CLXIII LA REEDIFICACIÓN DE MÉXICO

Quiso Cortés reedificar a México, no tanto por el sitio y majestad del pueblo cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles y los demás oficios que ha menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas y otros edificios públicos y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua.

Procuró traer muchos indios para edificar a menos costa; lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores, parientes de Cuahutimoc y de otros prisioneros, amotinados y procurando de matarle con todos los capitanes, por librar a su rey. Buscó manera cómo prender y castigarlos; los demás holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcucó a don Carlos Iztlixóchil con voluntad y pedimento de la ciudad, por muerte de don Hernando su hermano, y mandó traer en la obra los más de sus



vasallos, por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dio y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes a los naturales de México, y a todos cuantos viniesen a poblar y morar allí, que convidó muchos a venir.

Soltó a Xihuacoa, capitán general; dióle cargo de la gente y edificio, y el señorío de un barrio. Dio también otro barrio a don Pedro Moteczuma, por ganar las voluntades a los mexicanos, que era hijo del rey Moteczuma. Hizo señores a otros caballeros de islas y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio; y ellos se repartieron los solares y tierras a su placer, y comenzaron a edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente a la fama que México Tenuchtitlan se rehacía, y que habían de ser francos los vecinos, que no cabían de pies en una legua a la redonda. Trabajaban mucho, comían poco y enfermaron; sobrevínolos pestilencia y murieron infinitos. El trabajo fue grande, porque traían a cuestras o arrastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenían, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos a otros. De la falta de comer fue causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron como solían; aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco a poco, rehicieron a México de cien mil casas mejores que las de antes, y los españoles labraron muchas y buenas casas a nuestra costumbre; y Cortés una, en otra de Moteczuma, que renta cuatro mil ducados o más, y que es un lugar. Pánfilo de Narváez lo acusó por ella, diciendo que taló para hacerla los montes, y que le puso siete mil vigas de cedro. Acá parece mucho más; allí que los montes son de cedro, no es nada. Huerto hay en Tezcucu que tiene mil cedros por tapias y cerca. No es de callar que una viga de cedro tenga ciento y veinte pies de largo y doce de gordo de cabo a rabo, y no redonda, sino cuadrada; la cual estaba en Tezcucu en casa de Cacama.

Labráronse unas muy buenas atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua, y de tres naves, donde por memoria están hoy día los trece bergantines. No abrieron las calles de agua, como antes eran, sino edificaron en suelo seco; y en esto no es México el que solía, y aun la laguna va decreciendo del año 24 acá, y algunas veces hay hedor; pero en lo demás sanísima vivienda es, templada por las

sierras que tiene alrededor y abastecida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna; y así, es aquello lo más poblado que se sabe, y México la mayor ciudad del mundo y la más ennoblecida de las Indias, así en armas como en policía, porque hay dos mil vecinos españoles, que tienen tantos caballos en caballerizas, con ricos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio, molde y moneda, y estudio, que llevó el virrey don Antonio de Mendoza. Por lo cual tienen razón de preciarse los vecinos de México, aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador a ser vecino solamente. Pues como fue México hecho, aunque no acabado, se pasó Cortés a morar en él desde Culucacán, o como dicen otros, Coyoacán, y los que vecinos eran y los soldados también. Corrió la fama de Cortés y grandeza de México, y en poco tiempo hubo tantos indios como dicho habemos, y tantos españoles, que pudieron conquistar cuatrocientas y más leguas de tierra, y cuantas provincias nombramos, gobernándolo todo desde allí Fernando Cortés.

#### CAPÍTULO CLXIV DE CÓMO ATENDIÓ CORTÉS A ENRIQUECER LA NUEVA-ESPAÑA

No le parecía a Cortés que la gloria y fama de haber conquistado la Nueva-España con los otros reinos fuese cumplida si no la pulía y fortificaba, para lo cual llevó a México a doña Catalina Xuárez con gran fausto y compañía, que se había estado en Santiago de Cuba todo el tiempo de las guerras. Hizo enviar por [sus] mujeres a muchos vecinos de México y de las otras villas que poblara. Dio dineros para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hijas a costa de él, como fue el comendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hijas y se casaron rica y honradamente. Envió por vacas, puercas, ovejas, cabras, asnas y yeguas a las islas de Cuba, Santo Domingo, San Juan del Borinquen y Jamaica, para casta; entonces, y aun antes, vedaron la saca de caballos en aquellas islas; especial en Cuba, por venderlos más caros, sabiendo la riqueza, necesidad y deseo de Cortés; para carne, leche, lana y colambre, y para carga, guerra y labor. Envió por cañas de azúcar, moreras para seda, sar-